

© Texto: Manuel Martín Gómez y Modesto Medina de la Torre.

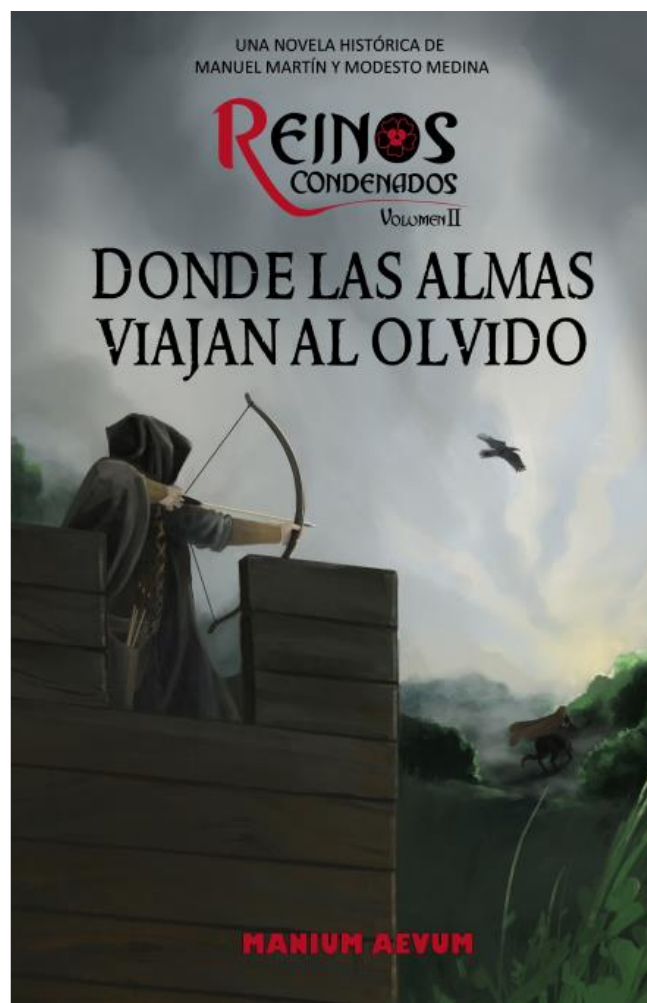
Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores.

**Obsequio conmemorativo de la presentación de “En la Tierra de los Muertos”
en el Centro de Recepción e Interpretación del Prerrománico Asturiano.**

24-10-2020

Gracias por formar parte de Reinos Condenados.

**PRÓLOGO Y CAPÍTULO I DE “DONDE LAS ALMAS VIAJAN AL
OLVIDO”.**



PRÓLOGO

LAS NIEBLAS DE OVETUM

Inmediaciones del Palacio de Adefonsus, *Ovetum*.
Asturorum Regnum.
Diciembre de 835 d.C.

Unos meses antes del incidente en la vieja iglesia abandonada.

El frío acariciaba el rostro de Arband.

«Las nubes cubren las estrellas esta noche... una pena».

Para un emisario como él, uno de los pequeños placeres consistía en caminar de madrugada, en solitario, intentando arrinconar sus tribulaciones. Cuanto mayor era el silencio y más enfriaba la gélida brisa, más lejanos viajaban sus recuerdos hacia una tierra añorada, allende el *Pirineo*¹, donde quizá ya había sido enterrado. Sus entrañas se removían al pensar en su familia, el remordimiento lo devoraba poco a poco, implacable, en un goteo de angustia que no podía ser cortado por ninguna obra altruista. En el fondo, siempre antepuso sus necesidades y anhelos respecto al hogar que había creado. Aquella era su gran verdad, a pesar de las excusas que su mente no paraba de tejer, de cimentar, de enmascarar... No. Nada lo aliviaba.

Tiempo atrás, había sentido a la muerte muy cercana, acechante entre las tinieblas. Sin embargo, sobrevivió gracias a un alma pura, a una muchacha íntegra e inocente que lo acogió y puso a salvo de sus demonios, en *Emerita*². Ahora

¹ Referente a cualquier sistema montañoso del norte peninsular, especialmente los actuales Pirineos.

² Actual Mérida, en Extremadura.

sabía que aquel ataque no pretendía acabar con su vida, sino que se trató de un aviso a su conciencia, traicionada y vejada por sus ruines actos. Onneca lo amó desde el primer momento en que cruzaron miradas y lo seguiría amando por siempre, no importaba cuantas maldades cometiera. Si la dama hubiese deseado su cabeza, la habría obtenido sin duda. Se sintió sucio, como una vulgar prostituta, cuando se separó de su plácida amante y se escurrió entre los pasadizos secretos de sus aposentos en *Arenetum*¹ en busca de su cometido: la *Rosa de Ocho Pétalos*, una joya que valía un reino. Con ella en sus manos, visualizó un ejército a los pies de su señor, Lotharius, para devolver la grandeza al Imperio, otrora perdida entre los rezos corruptos que anidaban en el espíritu del pusilánime Ludovicus. Además, la joya significaba una alianza con los astures que iba más allá de documentos y epístolas. Una vez pacificado y empoderado el Reino de los Francos, recuperaría la vieja gloria de Roma venciendo a los sarracenos de Hispania y sometiendo a los bárbaros de Europa, y cumpliría el último sueño de su antiguo señor, el Gran Karolus, el mejor *Dragón Negro*, por el que Arband lo había sacrificado todo.

«Y, conforme su plan se va alejando de mi alcance, va dejando un mayor vacío en mi interior. Mi lealtad a esa quimera es todo cuanto he sido. En la antesala de mi muerte, solo siento pena por el daño que he podido dejar tras de mí».

Intentó consolarse pensando que otros también habían dedicado su vida a servir a un gran hombre. Osorius, por ejemplo, lo dejó todo e incluso dio muerte a su propio padre para proteger a su rey. En aquel tiempo, cuando Arband cabalgaba junto a Hanne, Ebbon y Theuda por los verdes prados que llegaban desde las montañas astures hasta *Gallaecia*², vio en Adefonsus la dignidad que emanaba de Karolus, sumada a una calma propia de los santos. Se

¹ Actual Arnedo, en La Rioja.

² En el s. IX, territorio al noroeste peninsular, equivalente a la actual Galicia.

conformó con haber sido una de las manos que consolidaron al hijo de una *montaraz*¹ en el trono de *Ovetum*², una gesta noble que, no obstante, apenas mitigaba su desazón.

Necesitaba redención, encontrarse con su hijo antes de partir hacia el olvido, para suplicar un díscolo pero balsámico perdón. «Por haber sido un egoísta, un mal cuidador del fuego y del grano, una falsa historia en labios de tu madre».

Y porque era el único hijo varón que le quedaba. Lloraba por las noches, quedamente, desde que sus informantes del *Pirineo* le dieron la noticia de la muerte de su bastardo, *Ilthar*, a manos de *Faramund*. Por ironías del destino, conoció bien al primero debido a sus viajes constantes como emisario, aunque nunca se delató como su verdadero padre. Aquello hizo más dolorosa su pérdida.

«*Ilthar* tuvo desde niño la grandeza que yo siempre he admirado, y nunca poseído. ¿Cómo pudo ser tan cruel el destino, para que su luz se extinguiese por causa de su propio hermano? *Faramund* porta una oscura maldición sin conocer la magnitud de sus acciones».

Desde aquel funesto día, se culpaba del enfrentamiento de sus dos hijos y de la muerte del *massalio*. Si hubiese aceptado a *Ludovicus* como señor, si no hubiese perseguido el sueño del *Gran Karolus*, habría tenido una vida feliz, lejos del tormento que lo laceraba. De nada servían sus confesiones con *Eligius* para apaciguar sus contriciones.

—El nacimiento de *Faramund* coincidió con las exequias de mi señor *Karolus*. Acudí junto a mi mujer durante el parto, en lugar de estar con el hombre al que había entregado mi vida.

—Fuiste mejor padre que siervo —afirmó el monje—. No es pecado.

¹ En el s. IX, apelativo despectivo usado para el pueblo vascón.

² Actual Oviedo, en Asturias.

—Te equivocas. —Una lágrima recorrió la mejilla de Arband—. Estuve allí porque no soportaba la muerte de aquel que lo fue todo para mí. En realidad, huía de la responsabilidad y del dolor.

Cuando puso la *Rosa* en manos de Yamílah tuvo la misma sensación, dejó atrás su cometido por el sufrimiento que le provocaba la atrición.

«Todo está perdido si los Banu Qasi fijan la mirada en tu sombra, pues en ese terreno son los más elevados maestros», pensó Arband.

La ofensa a la matriarca de aquella poderosa familia había sido demasiado ignominiosa. Su propia muerte era cuestión de tiempo, pero restaba una remota posibilidad...

«Mejores hombres han matado por ella, han abandonado todo cuanto eran y se han postrado ante sus prohibidos e inalcanzables encantos. Sin embargo, si volviese a los brazos de Onneca, me perdonaría. Incluso se enfrentaría a su propia familia por mí. Ese es el peor de mis castigos, saberme tan inmerecido. Toda mi vida he sido aquello que he enseñado a odiar a mis hijos».

El agridulce paseo terminó, junto a sus cavilaciones, ante los sólidos muros de la iglesia de San Salvador, la semilla de *Ovetum*, que eran custodiados por una triste niebla. Era aquella una ciudad joven, valiente y desafiante, muy parecida a *Aquis Granum*¹ en cuanto a sus hechuras, pero muy diferente en relación a su propósito y destino.

«*Ovetum*... Una luz perpetua que guía a los perdidos, una fortaleza de esperanza en esta tierra de muerte».

Algunos ladridos surgieron entre la quietud de la noche, lejanos. Arband miró el lóbrego horizonte, manchado de bruma, y sacudió la cabeza. Al encarar el templo de nuevo, bajo la escasa luz de la luna, advirtió la presencia difusa de un individuo que apoyaba un brazo en la sagrada estructura

¹ Aquisgrán (actual Aachen, en Alemania). Sede habitual de la Corte del Imperio Franco.

con la intención de ayudarse a caminar. Sin percibir la presencia del franco, el recién llegado, ebrio hasta los huesos, se tambaleó antes de encontrar cierta estabilidad. Luego, manipuló su entrepierna y comenzó a orinar, provocando una nube de vaho entre la negrura. Farfullaba unas diatribas ininteligibles, cada vez más aliviado. El hedor a sidra corrompida hizo que Arband frunciera el ceño y se acercara al beodo. Alzó su barbilla y chascó los labios varias veces para llamar la atención de aquel pobre desgraciado quien, dándose la vuelta torpemente, intentaba asimilar cuanto acontecía a su alrededor sin cortar la meada.

—Estás mancillando la casa de Dios —dijo Arband, intentando en vano disimular su acento ultrapirenaico—. Recoge la poca dignidad que te resta y lárgate.

El borracho lo miró con extrañeza durante unos oscilantes momentos.

—Cierra la boca —dijo con voz pastosa—. Soy de la guardia del Palacio y hago lo que me apetece.

Portaba una tosca capucha que lo resguardaba del frío y sus ropas eran humildes, lo que delataba sus delirios de grandeza. Cuando Arband iba a tomarlo del brazo para apartarlo de allí, el ruido de unos cascos de caballo precedió la llegada de un sombrío jinete. La montura parecía sureña, esbelta, grácil y de marcada musculatura. Los ollares emanaban efluvios vaporosos y su piel poseía un color oscuro, desmejorado por la escasa luminosidad. Su porte altivo competía con el rictus impasible de su embozado amo.

—*Salve*¹, mi señor Arband —dijo el caballero con una voz conocida—. No es seguro caminar por las calles de *Ovetdao*² a horas tan intempestivas.

—Mi señor Nepotianus —el franco se asombró—. Me place dar un paseo nocturno de vez en cuando y sentir el

¹ Saludo en latín.

² Aceptación local de Ovetum, actual Oviedo, en Asturias.

alma de vuestra tierra.

—Una tierra en la que no sois bienvenido, Arband. Mis informantes vaticinaron vuestra caminata y me he tomado la molestia de acercarme, lejos de las formalidades del Palacio, para advertiros: abandonad *Ovetdao* y regresad con vuestro pueblo. Aquí buscamos vivir en paz, lejos de las conspiraciones de un Imperio moribundo.

Arband sonrió y bajó la mirada. El borracho pareció caer al suelo a sus espaldas, lentamente, mientras el franco buscaba las palabras apropiadas en la jerga astur.

—Habláis de paz, mi señor, pero esta no es posible sin libertad. Sois el cuñado del Rey... Sabéis que no habrá concordia con el leviatán que mora en el sur, sino sometimiento. ¿Es eso lo que deseáis? ¿Convertir a vuestro pueblo en esclavo?

—¿Nos daría libertad vuestro Imperio, Arband? ¿A quién pretendéis engañar? Sois los artífices de la impostura, una banda de traidores con ínfulas de nobleza. Recordad el *Campo de las Mentiras*, y la posterior huida de Lotharius. No, no deseamos tales señores... —Nepotianus escupió.

—Al menos el hijo no mató al padre — comentó Arband —, ni el hermano al hermano. Antepondría una victoria sin derramamiento de sangre a una traición. Como veis, al igual que vos, detesto la violencia innecesaria. Empero, no conocéis el verdadero poder de *Corduba* en estos tiempos, no lo habéis contemplado con vuestros propios ojos. Os aseguro que sólo os queda rezar y luchar, y los francos estaremos a vuestro lado.

—Los francos que portan arados son bienvenidos, no aquellos que desenvainan sus espadas. No os lo repetiré — señaló a Arband —: marchaos antes del día de la Epifanía.

—Cuando Adefonsus fue depuesto y confinado por el usurpador Sigericus, ¿qué armas esgrimisteis vos para liberarlo? De no haber acudido las espadas de los francos,

entre las que yo me encontraba, no disfrutaríais de vuestra elevada posición en la Corte, mi señor. No se encumbran reyes con hoces y escardas.

Las miradas se cruzaron, desafiantes. El jinete portaba una hoja ancha en el cinto, y echó mano a la empuñadura. Arband tenía una daga bajo la capa, pero prefirió no mostrar ningún gesto hostil. El rostro de Nepotianus, tiempo atrás anguloso y de rectas facciones, presentaba las curvas propias de la ociosa vida palaciega y se congestionaba por momentos.

«Sin embargo, en sus días de juventud fue un gran jinete. No habrá olvidado cómo matar, y la montura le otorga ventaja».

De repente, los ojos de Nepotianus enfocaron más allá de Arband, hacia la triste niebla. El rostro del magnate astur, aterrorizado, parecía estar contemplando una entidad surgida del abismo. Arband iba a girarse cuando sintió un fuerte brazo que le rodeaba y tapaba su boca. Aquel olor, aquel aliento, aquella mano... eran tan familiares... Contempló a Nepotianus gritando con desesperación, volviendo grupas y galopando hacia la negrura. Luego, sintió un gélido y fuerte pinchazo en su costado, directo a su corazón.

—Las nubes cubren las estrellas esta noche... una pena — escuchó Arband en boca de su victimador. Y lo reconoció, antes de ser abrazado por la oscuridad.

CAPÍTULO 1

EL SELLO DEL VIEJO REY

Lugar indeterminado cerca de la iglesia abandonada.
Febrero de 836 d.C.

Un olor ácido y desagradable inundaba el ambiente. Faramund se movió despacio bajo la capa y luchó para no volver a cerrar los párpados, que le pesaban como los gruesos ropajes de un obispo. El cielo estaba despejado y poseía el color azul oscuro que precede al anochecer.

«¿Dónde demonios estoy?».

Poco a poco, la visión de una figura agachada junto a un fuego y atareada en algún menester fue tomando forma. «*Carasucia...*». Al instante recordó todo: la iglesia abandonada, el encuentro con aquellos hombres que iban tras él, la aparición milagrosa del extraño arquero que le había salvado la vida y las palabras que brotaron de su boca y lo golpearon con dureza.

«Tu padre... ha muerto».

Faramund, abatido y maltrecho, trató de incorporarse, si bien la herida del muslo le hizo retorcerse de dolor y, con dificultad, tuvo que apoyarse sobre el codo.

—Será mejor que permanezcas tumbado —la voz de *Carasucia* llegó en un susurro, aunque clara como la luz de la hoguera. Parecía adaptar su vocabulario y su acento sin problema, para que sus palabras fuesen más inteligibles. «Debe de hablar bien el latín culto, algo extraño en un vagabundo» —. La tisana estará lista en un momento.

—¿Te refieres a ese horrible brebaje que sabe a madera seca? —preguntó Faramund tras aclarar la garganta; la

notaba áspera y le dolía al tragar—. La cabeza me sigue apretando como el abrazo de un oso —miró con los ojos entrecerrados a su interlocutor, quien se había girado portando un pequeño cuenco humeante—. No tengo muy claro que eso sirva para algo... ¿Acaso quieres envenenarme?

—Conozco algunas recetas capaces de matar a alguien de tu tamaño, pero entonces no malgastaría la corteza de sauce en curarte —contestó *Carasucia*, ofreciéndole la tosca escudilla—. Además, con dejar de limpiar esa herida que apesta a queso podrido, tendrías una muerte más dolorosa y barata. Bebe, que dormirás mejor.

—Tengo hambre —dijo el franco, quejumbroso.

—Eso es buena señal. Cuando hayas apurado el cordial, te daré la liebre asada que sobró ayer. Pronto oscurecerá y apagaré la lumbre —zanjó *Carasucia*.

Faramund no sabía cómo interpretar el tono de aquel desconocido. A veces percibía cierta ironía en sus frases, en otras ocasiones insolencia o humildad —era incapaz de asegurarlo—, actitud que siempre mostraba tras un rictus de seriedad, con respuestas bruscas y escuetas, y las soltaba sin mirarlo a la cara, con gestos de premura y hartazgo. Parecía no importarle nada de lo que hablaban, sólo lo que pudiera ocurrir en las inmediaciones. Sin embargo, y a pesar de la desconfianza que le generaba, Faramund pensaba que de haber querido poner fin a su vida... «Ya lo habría hecho». Obedeció, bebió el *medicamentum* con avidez y este le resbaló por la barba, a la que no terminaba de acostumbrarse.

—¿Dónde estamos? —inquirió el de *Suessionum*¹ mientras observaba los alrededores—. No hemos abandonado el bosque.

—Ni lo haremos en varias jornadas. Tus enemigos han enviado expertos rastreadores a darte caza.

—¿Por qué me siguen? Musa permitió que me marchara a

¹ Actual Soissons, en Francia.

cambio de su madre.

—El hijo de Musa no conoce más voluntad que la suya propia, y habrá dispuesto todo para no dejarte escapar una segunda vez.

—Ese hijo de Musa... ¿Qué querrá de mí? —se preguntó Faramund en un susurro.

—No importa. He de ponerte a salvo, dejaremos las conclusiones para después.

—Hizo referencia a algo que mi padre me había dado— recordó el franco—. Una rosa... Pero no sé de qué se trata. Desde que nos separamos, no he sabido nada de él.

—Lo que parece evidente es que Fortún ibn Musa cree que tú tienes lo que él busca.

«Pronuncia bien el idioma de los sarracenos».

—Sí, fue una suerte que tú estuvieras entre los árboles... ¿Qué hacías en la espesura exactamente?

—Los caminos del Señor son inescrutables. Ahora, cómete la carne. A su debido tiempo obtendrás las respuestas.

—¿Puedes ser algo más claro y dejar las lecciones a los sacerdotes? —interrumpió Faramund—. Estoy haciendo un gran esfuerzo por no estrangularte.

Carasucia calló y observó a Faramund sin pestañear; después, esbozó una leve sonrisa y le quitó el cuenco vacío de las manos antes de ir a sentarse junto al fuego.

—Por Santa Leocadia, Arband tenía razón. Eres impulsivo y arrogante.

El recuerdo de su padre volvió a estrujar el estómago de Faramund. Acababa de conocer a aquel individuo, no tenía por qué creer en sus nefastas palabras. No obstante, algo le decía que no le engañaba. «Parece un ladrón harapiento, no un mentiroso. Maldito sea cien veces...». Además, durante la primera noche que compartieron, le contó con detalle cómo habían hallado a Arband victimado en una calle de *Ovetum*, y a Faramund le costaba creer que se hubiese inventado todo aquello.

— *Carasucia*, debes llevarme ante mi padre cuanto antes, necesito verlo...

— No hay que precipitarse, a menos que prefieras llegar muerto. Yo me aseguraré de que no nos sigan, y tú tienes que recuperarte. Puede llevarnos un tiempo...

— *Carasucia*... — Faramund no encontraba la forma de decir lo que quería y las lágrimas se agolparon en sus ojos — . Necesito verlo... — Aguardó hasta que el arquero asintió — . Pase lo que pase, llévame ante mi padre, por favor...

Tras guardar un intenso silencio, su acompañante contestó.

— Mi nombre es Álvar, y te prometo que podrás rezar ante la tumba de Arband.

* * *

Pasaron dos lunas llenas y los cuidados de Álvar comenzaban a dar sus frutos. A pesar de las prisas y de los cortos descansos, la herida de Faramund mejoraba cada día y apenas cojeaba al andar, si bien todavía le molestaba al agacharse y al hacer movimientos bruscos. Por otro lado, el corte del brazo había sanado de manera casi milagrosa, dejando solo una cicatriz más en su piel. Las primeras noches del viaje habían sido duras y Faramund se despertaba sin saber dónde estaba, sin reconocer al extraño hombre que le acompañaba, hasta que este se giraba y el franco contemplaba el hierático rostro de Álvar tras el humeante cuenco que le hacía beber. Después, su cuidador examinaba la herida de su pierna, que mostraba una desagradable tirantez, como si de un cuarteado pellejo de hidromiel se tratase y estuviese a punto de rajarse. Aquella sensación le hacía recordar el encuentro en la iglesia abandonada y los ojos negros e imperturbables de su rival, el guerrero más peligroso de cuantos había enfrentado y, aunque en su interior ardía el deseo de la venganza por restañar la

vergüenza, sabía que debía mejorar con la espada y poder estar a la altura la próxima vez.

Poco a poco, se fue habituando a la presencia del arquero, a las largas cabalgadas sobre una montura, lo que le procuraba una grata alegría al sentir de nuevo bajo sus muslos los movimientos del caballo; incluso agradecía la infusión de sabor arbóreo y amargo.

«A Tessa también se le daban bien las plantas medicinales, ¿dónde estarás, pequeña?».

Sin embargo, cuando llevaban varias semanas viajando, Faramund había empeorado de fiebres y Álvar lo alojó en una casa en parte derruida, desde la que podía contemplar el cielo a través de un estrecho tragaluz. En el camastro improvisado se percató de la contrariedad en el rostro de Álvar, que veía en aquel descanso una propicia oportunidad para que sus perseguidores se acercaran. Pero Faramund se debatía en un sopor febril en el que se mezclaban confusos recuerdos: su padre despidiéndose de él sobre una lejana colina, perdida en un valle que no reconocía, diciéndole adiós con la mano y con los ojos; la sangre de Ilthar perdiéndose entre las ranuras del suelo adoquinado de la lóbrega cripta de San Víctor, donde su respetado enemigo abandonara la vida; la fría mirada de aquel demonio vestido de negro al que se enfrentó en la iglesia, impertérrito justo antes de asestarle el golpe definitivo... No obstante, las suaves palabras de Álvar le despertaban siempre de las angustiosas duermevelas y permanecían flotando en su mente, mientras observaba entre sudores fríos el inmutable cielo a través de la oscuridad.

Álvar se ausentaba mucho últimamente y durante las noches lo veía ir y venir, silencioso, sin dejar de hacer anotaciones en pequeños pergaminos que luego enrollaba con meticulosidad. «Un ladrón que sabe escribir... Debe ser más de lo que aparenta». Cuando despuntaba el alba y desayunaban juntos, *Carasucia* también se mostraba

taciturno y pensativo. Aquella mañana, Faramund estaba solo junto a los restos de la lumbre. El franco miró alrededor y decidió practicar algunos mandobles contra un fuerte roble, pues empuñar su arma hacía que sintiera fluir la sangre por el cuerpo, el sudor lo liberaba y la tensión acumulada astillaba con fuerza la corteza de los árboles.

—Por Santa Leocadia, no deberías hacer tanto ruido.

Álvar apareció como un espectro por entre los arbustos. Traía la cara tiznada y su mugrienta capa gris puesta, arrojó varias perdices al suelo y, sin decir nada, se puso a desplumarlas antes de encender el fuego.

—Qué más da. A lo mejor, así, nuestros perseguidores aparecen y podemos acabar con esto de una vez por todas. ¿No piensas decirme adónde vas por las noches?

—A cazar, ¿no lo ves? —señaló las aves muertas.

—No me mientas, ¿acaso me crees tan ingenuo? —La impaciencia de Faramund empezaba a brotar sin contención—. Si por mí fuera, me marcharía ahora mismo. ¡Pero no sé cómo llegar a esa maldita ciudad, y tú prometiste llevarme ante mi padre! ¡Estoy harto de tu silencio y tu hosquedad!

—Y yo estoy harto de que vayas dejando esos tajos allí donde paramos —espetó Álvar, mirando la corteza del roble cortada—. Ya me cuesta bastante ocultarnos de los rastreadores, no puedes ir plantando tus heces en cualquier sitio. ¡Te dije que utilizaras los riachuelos! Así que deja de comportarte como un niño y empieza a ser responsable. Hice una promesa, no sólo a ti, también a tu padre, y pienso cumplirla, pero lo haremos a mi manera. Si después quieres morir, como si te pones un hábito blanco en mitad de una batalla, a tiro de los arqueros.

Faramund calló, algo avergonzado, y tras mirar la espada de Ilthar la enfundó y se acercó a su acompañante; se tranquilizó observando cómo terminaba de limpiar las perdices.

—¿Cómo has atrapado a las aves? ¿Con tu arco? — preguntó el franco con tono más conciliador.

—No malgastaría las flechas que me quedan con pájaros tan pequeños y escurridizos. Utilizo viejas trampas — *Carasucia* señaló con la barbilla las redecillas que asomaban de uno de sus zurrones.

—Y esos mensajes que escribes... ¿para quién son?

—Para el *frater Antoninus* —contestó Álvar tras un breve silencio—. Desde que os separasteis no sé nada de él.

—Por lo que me dijeron antes de que tú aparecieras, no me extrañaría que estuviese muerto. El cabecilla, el hijo de Musa, reconoció que lo habían descubierto.

—Eso es lo que me preocupa. Hay muchas formas de desaparecer, y estar muerto es sólo una de ellas. Algo no me encaja. A pesar de mis esfuerzos, no consigo despistar a esos malditos Banu Qasi que nos persiguen. Puede que Antoninus esté vivo, e incluso que tenga tratos con ellos... pero no estoy seguro.

Faramund se acordó del arrogante monje y, aunque le costó verlo como un traidor, tampoco lo conocía lo suficiente como para confiar en él. Los hombres de su *scara*¹ acudieron a su mente, fieles y leales hasta el último momento, pues con ellos la palabra traición nunca se le pasaba por la cabeza. Se preguntó cómo y dónde estarían y se culpó por haberlos llevado a aquella tierra inmisericorde y extraña, por hacerlos morir lejos de sus hogares. Hanne, Silvanus, Kerold, Clovis... ninguno merecía aquel fatídico destino provocado por una guerra inútil e intestina entre dos desagradecidos que se hacían llamar reyes.

Comieron en silencio las perdices asadas y a Faramund le supieron a gloria, a pesar de que Álvar apenas las había especiado, y el agua clara que bebía resbalaba por su barba, que le cubría todo el cuello, con cada trago que daba al

¹ «Tropa». Grupo de caballeros francos organizados como unidad táctica. En época carolingia podían tener varios cientos de hombres, aunque estas cantidades descienden durante el s. IX.

pellejo de cuero.

– ¿Quién es Tessa? – preguntó Álvar de improviso.

– ¿Por qué lo preguntas? – se extrañó Faramund.

– Mencionas su nombre algunas veces mientras duermes.

– Es... Era mi prometida. La dejé en un monasterio antes de partir hacia estas tierras en busca de mi padre. En realidad, ni siquiera sé si está viva...

– Yo también perdí a mi prometida.

– ¿Murió? ¿La tuviste que abandonar? – se interesó el franco.

– Se casó con mi peor enemigo.

– ¡Por la capa de San Martín! Imagino que obligada...

– No, consentida. – Álvar parecía incómodo con la conversación.

– ¡Menuda hija de ramera muerta!

El arquero quedó pensativo, asintió y endureció su mirada, por lo que permanecieron en silencio un buen rato, cada uno en sus cavilaciones, mientras contemplaban cómo las llamas se apagaban sin quejarse, hasta que sus rostros quedaron iluminados solo por el tenue resplandor de las ascuas.

– ¿Cómo conociste a mi padre? – Faramund volvió a romper el mutismo.

– Me salvó la vida, cerca de *Lucus*¹.

– ¿Por eso haces esto? ¿Qué le prometiste?

– Es una historia algo compleja... En el fondo sí, lo hago por él.

– No eres el primero que me cuenta eso. Mi padre es un héroe para mucha gente, tanta que siempre he tenido envidia de aquellos que han compartido con él momentos que yo no he podido...

– Arband era un gran hombre y las últimas palabras que le escuché fueron sobre ti. Deseaba verte con todas sus fuerzas.

¹ Actual Lugo, en Galicia.

– Sólo Dios sabe cuánto lo echo de menos... No recuerdo lo último que me dijo... Pagaría cualquier cosa por saberlo, por despedirme de él, por abrazarlo. Creo que se me está olvidando cómo era su voz, noto que la voy perdiendo... Daría cualquier cosa por volver a *Batavodurum*¹ y no separarme de él.

– Yo apenas conocí a mi padre, y el que me acogió, no cumplió con su promesa de cuidarme. Aun así, echo de menos sus consejos y su determinación.

– Los padres marcan nuestro destino y es difícil salir de él sin extraviarse.

– Así es, la sombra de los padres suele ser alargada, nos señala el camino y nos acompaña, aunque también pesa como una loriga mojada. Hay que saber abandonarla para que no determine por completo nuestra vida.

– Ajam... Siempre he pensado que jamás seré como él, que nunca alcanzaré su grandeza. Parece que tú y yo nos parecemos más de lo que pensamos...

– Sí, sobre todo en la estatura – bromeó Álvar, esbozando una media sonrisa.

Como cada jornada, emprendieron la marcha sin mediar palabra. Las montañas que les rodeaban despertaban envueltas en una mortecina bruma, y jirones de niebla se movían lentamente sobre sus picos como blancos hábitos mecidos por la brisa. Al amanecer, del cielo caía un velo gris que no dejaba asomar al sol hasta que éste no estaba bien alto y una extraña sensación de quietud les envolvía. Viajaban siempre cerca de los ríos y arroyos, escuchando su monótono rumor y el lento pisar de los caballos. Después de muchos días sin haberse cruzado con ningún pastor o cazador esquivo, toparon con unos viejos campesinos que discutían entre ellos mientras arreglaban afanosos la maltrecha valla de una porqueriza. Al verles pasar, interrumpieron su labor y miraron curiosos a los dos jinetes, con rostros serios y

¹ Actual Nimega, en Países Bajos.

sufridos. Faramund hizo un gesto con la cabeza saludando a los ancianos, mientras que Álvar se ocultó aún más con su capucha gris.

– Llegaremos al anoecer – dijo el arquero una vez que los hubieron dejado atrás –. Y procura no exponerte tanto. En esta tierra eres un maldito gigante. Será difícil que pases desapercibido, sobre todo si vas a saludar a todo el que te encuentres.

Al atardecer, el sol descendió solitario por el cielo, buscando su reposo diario sin la habitual compañía de las nubes, y una fresca brisa les había obligado a recorrer las últimas millas envueltos en sus capas. Cuando alcanzaron la cima de una elevación que hacía serpentear el camino, pudieron observar a sus pies un amplio valle rodeado de colinas. A su vez, unas enormes montañas se alzaban alrededor, custodiando el entorno como si de su retoño se tratara. Verdes bosques de frondosos árboles se extendían por doquier, como una capa esmeralda que cubriera los hombros de aquellas cumbres. En el centro del bucólico paisaje, una pequeña ciudad lanzaba al cielo finas columnas de humo desde las diminutas chimeneas de sus casas, ajena a la soledad que embargaba el paraje. Los primeros fuegos aparecieron en la urbe y tras ella, al noroeste, en la falda de una de las montañas, varias luces también titilaron entre un tupido bosque.

«Parece otro recinto fortificado. Imagino que se utilizará para albergar tropas».

Una vez que se aproximaron lo suficiente, contemplaron sendas torres que flanqueaban la entrada a la ciudad, y unos cuantos pares de atalayas defensivas que se levantaban hacia el oeste, en lo que debían ser otros accesos a la capital. Grandes campos de cultivo y abundantes pomares se extendían más allá de los muros que la circundaban, excepto hacia el este, en el que un frondoso robledal era detenido por una alta pared de piedra. «Debe de tratarse de la parte

antigua, pues los muros occidentales parecen de nueva construcción».

Era noche cerrada cuando alcanzaron los portones. Los soldados que la custodiaban, de rostros graves y somnolientos, parecieron reconocer a Álvar y les permitieron el paso sin hacer preguntas. Los viajeros se internaron en una angosta calle embarrada, con viejas casas a ambos lados en las que se escuchaba el suave mugido de las reses, y pasaron bajo un arco de piedra que hacía las veces de acceso a un recinto interior amurallado. El repicar de las campanas les recibió justo cuando llegaron a una solitaria plaza en la que se levantaban varias iglesias de diferentes alturas y un palacio con dos torres de base cuadrada. Sobre una de ellas brillaba el fulgor de una hoguera y algunos hombres se movían con rutina marcial. «Un *atrium*, como en *Aquis Granum*. Me recuerda a la capital del viejo rey Karolus, con las estancias reales rodeadas de mierdas de vacas, lejos de la pulcritud de los papas de Roma», pensó Faramund, rememorando los viajes de su infancia.

Álvar, al contrario que él, no se detuvo a contemplar la imponente edificación que dominaba el enclave, una iglesia rodeada por una hilera de finas columnas de mármol cuya fachada frontal se elevaba por encima de las otras. El franco examinó la alta estructura con detenimiento, apreciando que la oscuridad de la noche confería el aspecto de un afligido rostro a la portada. Una extraña sensación le embargó, como si la ciudad le recibiese como una madre a un hijo que lleva mucho tiempo fuera.

«Un hijo que acaba de perder a su padre...».

—Es por aquí. —La voz de Álvar lo sacó de sus pensamientos.

Se adentraron por una puerta lateral del templo principal y Faramund apenas pudo intuir el interior, débilmente iluminado a horas intempestivas. Estaba centrado en seguir de cerca a su acompañante, que caminaba con decisión. Tras

recorrer lo que parecía una nave rectangular, salieron a un claustro donde dos figuras les aguardaban al amparo de la noche, sin luces que iluminaran sus semblantes. Uno de los aparecidos, de complexión recia y marcial, se acercó y saludó a Álvar con formalidad; llevaba sobre los hombros una larga capa que lo cubría por completo y bajo la que se podía atisbar una espada. En sus manos, sostenía una tosca pala que ofreció con seriedad al franco. El segundo, por su parte, vestía gruesos ropajes clericales y se apoyaba en un ornamentado báculo; era alto y grueso, con una descuidada barba que le otorgaba un aspecto feroz. Se aproximó hasta Faramund y lo contempló con condescendencia. Después de unos instantes, hizo la señal de la cruz delante de su rostro.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*—. A continuación, se alejó entre las columnas, tras hacer un gesto de asentimiento con la cabeza al pasar junto a Álvar; el de la capa se despidió de ambos y siguió al religioso en silencio.

—Tenemos muy poco tiempo— susurró el arquero.

Tras franquear otra pequeña portezuela, el franco se encontró en el camposanto de un monasterio. Aunque Álvar, quien lo observaba desde las sombras que creaban las teas del claustro, parecía cerciorarse del cumplimiento de su promesa a Arband, Faramund sintió una soledad dolorosa.

—Coge una de esas antorchas y ven conmigo— dijo Faramund.

—Es un momento muy personal...— arguyó Álvar desde la distancia.

—Lo conocías y lo respetas. Además, necesito luz para asegurarme de que es mi padre.

Álvar asintió con gravedad y, tras hacerse con la *facula*¹, se acercó hasta él. Ante ellos, una tosca cruz de madera señalaba un enterramiento sencillo, que se advertía más

¹ Pequeña antorcha.

reciente que los añejos sepulcros que lo rodeaban. Faramund, aunque consciente de que iba a cometer un gran pecado, «por eso me han absuelto», comenzó a escarbar con la pala, temiendo lo que iba a encontrar. El sudor se mezclaba con las lágrimas, que trataba de secar en sus mangas, y al poco tiempo se topó con un áspero ataúd. Quebró la frágil madera mediante varios golpes y arrancó las tablas rotas con sus propias manos desnudas. La luz que llegaba desde la antorcha parecía esquivar semejante sacrilegio, pero le permitió contemplar un sudario manchado de sangre seca. Álvar puso su mano en el hombro del franco, en un rápido y vano consuelo, y luego le ofreció su daga para que cortase la tela. El corazón de Faramund se aceleró y dudó un momento antes de continuar. Se encomendó a San Martín, aferrado todavía a un resto de esperanza, anhelando que aquel desdichado no fuese su padre. Al rasgar la mortaja por el rostro no pudo reconocer a su progenitor, pues estaba más descompuesto de lo que esperaba, amén de tener una mueca que lo desfiguraba de forma escalofriante y las cuencas oculares vacías, como su propia alma. Siguió rajando la envoltura, tembloroso, y descubrió los brazos y las manos... todo se detuvo en su interior. La aparición del sello que el viejo rey Karolus entregara a Arband en su nombramiento como emisario le golpeó como un enorme martillo, dejándole sin respiración. Había pensado mucho en aquel momento, sin embargo, supo que no estaba preparado para afrontarlo; el aire entraba a duras penas por su boca y la opresión en el pecho se hizo insoportable. Se levantó tambaleante, quería alejarse de aquella demoledora visión, pero la mano cadavérica lo señalaba, acusadora e inmisericorde, y supo que la muerte de su padre le perseguiría por siempre.